



CAPITULO XIX

EL ROMANTICISMO EN LA NOVELA (CONTINUACIÓN)

Influencia y séquito de los autores franceses.—La Avellaneda y Pastor Díaz.—Ayguals de Izeo y Antonio Flores.—Orellana, Ibo y Alfaro, Morón, Barrantes, Navarrete, Diana y A. Hurtado.—Fernández y González. Pérez Escrich, Ortega y Frías, Tarrago, Nombela y Parreño.—Pilar Sínés, Angela Grasi, etc.

ENTRE los múltiples elementos que componen la historia del romanticismo en España, ninguno tan poderoso y avasallador como el de las influencias transpirenaicas, ostensibles en todos los géneros literarios, pero verdaderamente fabulosas en el de la novela. Si aún subsiste, aunque disminuído y vergonzante, el culto idolátrico á esas divinidades del folletín que se llaman E. Sué, A. Dumas, Jorge Sand, Montepín, Feval, Aimard, Ponson du Terrail y Paul de Kock, sólo puede formarse idea de lo que fué en días no lejanos acudiendo á las indicaciones bibliográficas, que en esta parte, y entre traducciones y obras originales, nos dan un contingente muy por encima de toda ponderación. Hubo especialmente un período de exaltaciones y espasmos en que el prestigio de la novela romántica francesa llegó á poseer todos los

caracteres de un mal epidémico, de un cólera morbo literario, que con sus apogeos é intercadencias comenzó hacia el año 36 ó 37, subiendo de punto en los subsiguientes hasta el 45, y descendiendo gradualmente hasta que reaparece en el decenio anterior á la revolución de 1868 más exagerado y más universal que nunca. Dada la versatilidad de la moda, dadas también las divergencias consiguientes al número infinito de los modelos y los imitadores, apenas cabe determinar el centro de convergencia en que todos se unen y en que desaparecen sus peculiares distintivos, y de ahí que en esta parte menos que en ninguna otra se haya de exigir el rigor metódico en las agrupaciones.

Sin embargo, pueden designarse como causas de este complicadísimo movimiento la insaciable sed de lo extraordinario, el menosprecio de la realidad y la afición á las gigantescas tramoyas creadas por la fantasía y al recio y tumultuoso choque de las pasiones. Tanto la novela histórica como la antifrásicamente llamada de costumbres fueron entonces como vasta urdimbre de lances apurados, abigarradas fisonomías y castillos en el aire, cuyo único objeto consistía en agitar violentamente los nervios, la sangre y la curiosidad. Con tal de que la acción resultara *interesante*, haciendo asomar las lágrimas á los ojos, todo lo demás era accesorio ó inútil, así la consecuencia y verdad en los caracteres, como el análisis íntimo y las perfecciones descriptivas.

Aparte de eso, en manos de Jorge Sand, Eugenio Sué y Víctor Hugo degeneró la novela en obra de propaganda antisocial, tanto más segura en los resultados cuanto más veladas aparecían las intenciones. Las utopías del amor libre arrastraron á la autora de *Lelia* y *La condesa de Rudolstadt* hasta la apología del adulterio, hecha en tales formas y con tal pertinacia que escandalizó al mismísimo Proudhon; los ensueños

socialistas hallaron en *Los misterios de París* y *Martín el Expósito* su programa y su defensa, y á esos escritos, más que á los de Cabet y Luis Blanc, debieron su difusión é increíble resonancia.

Así como en la Europa de la Edad Media reflejaron los libros de caballerías el idealismo casto y semiplatónico formado por el Evangelio y las antiguas tradiciones germánicas, así en la agitada superficie de la sociedad moderna, tan voluble en sus deseos, creencias y aspiraciones, fué la novela el vehículo de todos ellos. Fué idealista, pero con el idealismo propio de una época esclava de todos los placeres, que tendía á refinar las exigencias y las satisfacciones de la pasión; con el idealismo delirante que pugna por romper las barreras del pudor, de la virtud y la opinión pública, haciendo alarde de sus mismos desenfrenos. El paraíso encantado de la novela romántica no es ninguna Arcadia pastoril, ninguna isla como las de los poemas bretones, sino una metrópoli repleta de oro y deleites, donde se deslizara la vida sin el pie forzado del trabajo y del dolor.

Reconociendo la inconsciencia con que muchos sirvieron el propósito de los corifeos principales, no es posible negar el carácter deletéreo de esas ficciones absurdas que batían en brecha los inmutables fundamentos de la moral y del orden.

En España, más acaso que en parte ninguna, participaron de tal inconsciencia no pocos imitadores de los novelistas transpirenaicos, por ejemplo, la ilustre autora de *Sab*, *Guatimozín* y *Espatolino*, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, menos afortunada rival de Dumas que de Víctor Hugo y Lamartine. Porque Dumas fué en la novela uno de sus principales modelos, y hasta cierto punto también la soñadora madama de Dúdevant, con cuya ardiente complexión tantos puntos de contacto tenía la suya, á pesar de las hondas diferencias que entre ambas establecían sus respectivos

principios morales y religiosos. Contenida por los que siempre acató, se notan, sin embargo, en la Avellaneda un desbordamiento de pasiones, una exaltación ardiente y continua, debidos en parte á las influencias románticas, y en parte á las condiciones del sexo y á las del país en que se meció su cuna y se deslizaron los primeros años de su infancia.

Con rigor justificado excluyó de sus *Obras literarias*¹ las novelas *Sab* y *Guatimozín*, que, aun perteneciendo la una al género de costumbres y la otra al histórico, guardan cierto parecido en el argumento y la intención. *Sab* brotó con la esplendidez de las plantas tropicales á los irresistibles ardores del sol americano, y envuelve una protesta contra la esclavitud menos afortunada, no menos calurosa, que la de Enriqueta Beecher Stowe en *La cabaña del tío Tom*. La Avellaneda no se ciñe á exigir el pan y el buen tratamiento del esclavo, sino que también pedía, según parece, la igualdad de derechos y consideraciones sociales. *Sab* es un carácter excepcionalmente generoso, enamorado de una mujer á quien jamás podrá llamar suya, y á la que, sin embargo, quiere hacer feliz á costa de sacrificios heroicos, sin exceptuar el de la vida.

En *Guatimozín*² reina un entusiasmo sin límites hacia el héroe, entusiasmo distinto del de los enciclopedistas del siglo XVIII, que intentaron manchar con el borrón de la calumnia la gloria de nuestros conquistadores.

El *Espatolino*³, engendrado por el impresionable temperamento de la mujer y al calor de malsanas lec-

¹ Los tomos IV y V están consagrados á la novela y leyendas, y contienen: *El artista barquero ó los cuatro cinco de Junio*, *Espatolino* y *Dolores*, *La velada del helecho*, *La bella Toda*, *La montaña maldita*, *La flor del ángel*, *La ondina del lago azul*, *La dama de Amboto*, *Una anécdota de la vida de Cortés*, *El aura blanca*, *La baronesa de Youx* y *El cacique de Turmequé*.

² Madrid, 1846.

³ Publicado por vez primera en *El Laberinto*.

turas, deja entrever ciertas tendencias á la rehabilitación de la culpa por el amor, junto con el embozado ataque á la justicia humana, á la manera de los novelistas franceses. El temible bandido romano interesa á la postre como Carlos Moor, como los héroes de Byron; pero no sabiéndose sustraer la autora, en ésta y en otras novelas suyas, á las preocupaciones y gustos dominantes, llegó por lo menos á modificarlos, prestándoles un sello de originalidad que no consiguen todos los imitadores.

Espatolino se lanza á una vida de terribles aventuras porque la sociedad ha pisoteado sus afecciones, hiriéndole en su amor filial y negándose á rehabilitar el honor de una hermana á quien, para más sangrienta ironía, se lo arrebató un falso amigo. Aumentan los motivos de disculpa y de simpatía hacia el desventurado criminal con el cariño que profesa á la angelical Anunziata, con la generosidad que manifiesta en solemnes ocasiones, ya exponiendo su vida para salvar la de su compañero Pietro Biollecare, ya negándose á aceptar el indulto, que desea ardientemente, por no hacerse reo de una traición y una bajeza, y con el repulsivo aspecto de otros infames *decentes* que intervienen en la acción, como el esbirro Angelo Rotari, causante de la captura de Espatolino. Yo no sé si la impenitencia en que éste muere sería un castigo en la intención de la novelista, la cual, en todo caso, debió haber suavizado los tonos de misantropía y pesimismo dominantes en la obra, y contenido la impetuosa lírica con que habla por boca de los personajes.

Sus novelitas y leyendas en prosa se distinguen también por el idealismo vaporoso, que unas veces las envuelve en suaves y delicadas tintas, otras en la cerrazón espesa de las brumas septentrionales, aunque casi siempre los asuntos están tomados de la tradición. *La flor del ángel*, *La ondina del lago azul*, *La montaña maldita*, etc., se sujetan á un mismo procedimiento,

accidentalmente modificado, trasladándonos con sus fantásticas visiones á los encantados mundos de la fábula, el simbolismo y la mitología.

No está desmentido el carácter de D. Nicomedes Pastor Díaz como escritor y como poeta en la serie de cuadros que intituló *De Villahermosa á la China*¹, y que en pleno año de 1858 conservan las huellas del más auténtico romanticismo. El movimiento de la acción es casi nulo, el fondo sobre que se desenvuelve desvanecido é impalpable como un sueño, los personajes puros espíritus atormentados por el rozamiento de la terrena envoltura, mientras el estilo rebosa de exquisitas y refinadas elegancias y vuela con rapidez fulminea.

Desde el palacio de Villahermosa hasta el Valle-de-Flores, el autor va reproduciendo el mismo panorama con diversidad de apariencias. Una conversación de Javier con Sofía entre los rumores y el torbellino de un baile de máscaras engendran en la heroína la más ardiente pasión hacia el ídolo imposible que huye de su vista como un meteoro, hacia el hombre singular tan señalado hasta entonces por sus conquistas amorosas y su autoridad entre los bohemios de Madrid, como célebre después por su ejemplarísima conducta y su caridad sublime. Javier ha causado ya la infelicidad de Irene, que penetra en las soledades del claustro para buscar en Dios el reposo que le negó el mundo; una entrevista con su antiguo amante reaviva el fuego oculto entre cenizas, pero que no consigue abrasar la obra de santos propósitos levantada por ambos á costa de inmensos dolores. Sus aunados esfuerzos arrancan paulatinamente los recuerdos fantásticos con que violentaba al alma de Sofía la misteriosa sombra de Javier.

¹ *De Villahermosa á la China. Coloquios de la vida íntima*, por D. Nicomedes Pastor Díaz. Madrid, 1858. Diez años antes se había publicado en *La Patria* la primera parte de las cuatro que componen el libro.

El que ella había soñado para esposo se convierte en su providencia, le devuelve el perdido sentimiento de la realidad, y, sacerdote del Altísimo, enlaza á la joven con Enrique, el amante desdeñado, y, proporciona al matrimonio algo de la dicha suprema á que por rumbos contrarios aspiraban. Javier halla la suya en el martirio que corona sus fatigas por la propagación del Evangelio en el Oriente.

La sinceridad con que aparecen sentidas y reflejadas las pasiones de los personajes por el corazón del autor redimen los defectos de la novela, que, si por un instante recuerda á *La nueva Heloísa* y al *Werther* con sus hijuelas el *René* y el *Obermann*, contrasta por otro el amargo fruto de la misantropía y el aislamiento orgulloso con las flores de la fe cristiana. Nueva y sorprendente contradicción: á pesar de todas sus exaltaciones idealistas y vaguedades sin contorno, *De Villahermosa á la China* figura como uno de los primeros ensayos de la novela psicológica en España.

Aunque no por sus merecimientos, hay que mencionar aquí por su extraordinario renombre al tétrico y desequilibrado Ayguals de Izco¹, á quien saludaban en otros días como restaurador de la novela española, no sólo los improvisados críticos de Madrid, sino el celeberrimo Sué y el libretista del *Nabuco*, Temístocles Soleta. Hombre de no escasa lectura, de ideas firmes y volcánicas, y de tan perverso gusto como no es posible imaginar, creyó buenamente á sus encomiadores, dándose á elaborar gruesos volúmenes atestados de los elixires que por entonces trastornaban las cabezas de la juventud, y constituyéndose en abogado de la clase proletaria.

Hasta tal punto es visible, predominante y absurda en las novelas de Ayguals la nota docente, de tal modo

¹ *Marta ó la hija de un jornalero, La marquesa de Bellafior, Pobres y ricos ó la bruja de Madrid, etc.*

se traduce en declamaciones huecas y sin seso, que casi no merece su autor el nombre de artista ni aun de ínfimo grado, sino más bien el de impertinente pedagogo, eco de ajenas teorías. ¡Y si al fin supiese reproducirlas con arte y originalidad! Pero tan infeliz resulta en el desempeño, que á veces demuestra lo contrario de lo que pretende. Hay que advertir en obsequio á la imparcialidad que Ayguals no patrocina directamente las paradojas comunistas, ni suscribe á las horrendas afirmaciones de Proudhon, sino que se mantiene en los límites del panfilismo humanitario con puntas de irreligiosidad, y más aún de insipiencia teratológica.

Mejor intencionado que Ayguals y con menos ineptitud para el género, también se consagró Antonio Flores á la imitación de Sué, logrando con su novela *Fe, Esperanza y Caridad* una boga que no le valieron sus cuadros de costumbres¹. Al ver que tanto se agradaba el público de lo maravilloso, aunque á la vez resultara absurdo é incoherente, sólo puso cuidado en tejer una de esas fábulas en que se pierde de vista el hilo de la narración, y ocultándose el desenlace entre sombras y encrucijadas, se corre en busca de él con afanosa solicitud. Escenas de presidio, súbitos cambios de decoración, el crimen revuelto con la virtud, y la prostitución con la inocencia, tipos exageradamente repugnantes y figuras llenas de pureza é idealismo; todo anda aquí junto, formando una mezclanza sin nombre, á la que cualquier otro vendría mejor que el de novela de costumbres. Una sociedad así no ha existido nunca en el mundo, y es por lo menos tan imaginaria como la de los libros caballerescos.

Ya notaron muchos críticos la relación íntima que guarda *Fe, Esperanza y Caridad* con *Los misterios de*

¹ *Fe, Esperanza y Caridad*, tercera edición ilustrada. Madrid, 1852.

París; y en efecto, sólo discrepan las dos obras en el planteamiento del problema social, pecado de que preservó á Flores su buen instinto. Lo mismo el cura ó demonio en carne apellidado El Duende, que Cabezota y el Bizco y la Duquesa de Mont-Marsán, recuerdan desde luego otros personajes de Sué, con la diferencia de que éste, revolviendo las heces del estercolero moral cuya imagen quiso presentarnos, no se aparta tanto de la realidad como su imitador. La historia de Adelaida sobre todo, punto céntrico sobre el que se mueve la novela, parece en lo informal y misteriosa un cuento para entretener á niños.

Gracias que la vena satírica de Flores acertó á emplearse con fortuna en el discurso de la obra, bosquejando figurones como Trifón y Crispina, y cuadros al aire libre que disminuyen la aterradora lóbreguez del conjunto. Por eso y por la relativa cultura del estilo, tan rara en aquellos días, es *Fe, Esperanza y Caridad* de lo más estimable que abortó entre nosotros el prurito de la novela romántica, aunque ya no tiene lectores desde hace muchos años.

Ahora describiré otra serie no más feliz de novelistas, en que, siendo y todo muy visible la influencia transpirenaica, no lo es la de un autor determinado y único: cultivadores del género histórico y del de costumbres sin ideal fijo, sin carácter y sin fisonomía.

Es uno de ellos D. Francisco J. de Orellana, el autor de *La perla del Turia*, *La Reina loca de amor*, *Gontrán el Bastardo*, *Isabel I*, *Quevedo* y *Cristóbal Colón*. No fueron tan conocidas como las de Orellana las novelas de D. Manuel Ibo y Alfaro á pesar del dulce sentimentalismo que rebosa en algunas. Brilló por este mismo período (1850-60) á que pertenecen casi todas las que voy reseñando una de D. Fermín Gonzalo Morón, hombre docto y medianamente versado en cuestiones críticas, pero desdichadísimo como novelista. *El cura de aldea* es una novela distinta de otras

más conocidas y del mismo título, sin orden y de moralidad muy problemática, aunque otra cosa se le antojase á su autor. Pasaba éste como partidario del moderantismo católico, y por eso se extrañó el que algunos Obispos condenasen la obra, célebre en tal sentido con ta efimera notoriedad de las discusiones periodísticas.

Muchos habrá sin duda que no sepan si ha escrito novelas el erudito bibliófilo D. Vicente Barrantes, quien, sin embargo, es autor de *Juan de Padilla*, *La viuda de Padilla* y *Siempre tarde*, frutos de sus juveniles ocios, allá cuando militaba entre los más celosos defensores del *progreso* y colaboraba en *Las Novedades* y el *Semanario* junto con el célebre Fernández de los Ríos. La distancia que media entre esas obras, aunque defectuosas, y las de muchos otros autores de aquellos días, es la que separa siempre lo que se escribe sin vocación pero á conciencia y lo que ataca á los fueros del sentido común.

No sé cuántos volúmenes formarían las historietas publicadas por D. Ramón de Navarrete (*Asmodeo*) en periódicos y revistas, si fuesen á reunirse todas en colección. Narrador fácil y sentimental, pero difuso y cansado como pocos, si agrada por su melancólica ternura, es á costa del argumento, trivial de puro sencillez, y de la verdad y consecuencia en los caracteres. *Una historia de lágrimas*, inserta hace algunos años en *La Ilustración Española*, figura entre las más geniales y simpáticas narraciones que han brotado de su pluma, sobre todo por la virginal representación de la protagonista; pero tampoco está exenta de esos lunares que no desaparecen con el esmero y la lima. De cualquier manera, ha hecho bien Navarrete en pintar cuadros reducidos y ligeros, donde son sus caídas menos visibles y transcendentales.

Mediando y todo un período de cuarenta y siete años entre la primera y la última novela de Navarrete (1843-1890), podría suponerse sin inverosimilitud que *El*